
Máriam Martínez-Bascuñán

Después de la crisis: por un futuro sin marginación

Alain Touraine. Barcelona: Paidós, Estado y Sociedad, 2011, 176 pp.

Aquellos que son habituales lectores de Alain Touraine encontrarán en este libro muchas de las cualidades que hacen del sociólogo francés una de las voces más autorizadas del panorama académico e intelectual del momento. Los diagnósticos de Touraine son tan importantes como necesarios. Lejos de encerrar sus estudios en disquisiciones epistemológicas, el sociólogo francés sorprende siempre proporcionando análisis y argumentos sobre realidades sociales existentes que urgen conceptualizarse para entender de manera más clara lo que nos ocurre y apuntar posibilidades de alcanzar algo mejor.

Aquellos politólogos y sociólogos que gusten de una explicación crítica más allá de lo meramente descriptivo, descubrirán sin duda una obra sugerente e iluminadora. Sin esa forma de entender el análisis científico, Touraine nos privaría de muchas preguntas que son imprescindibles para acceder a una visión más profunda y más compleja de las cosas (más en estos momentos). Lo interesante de este pensador, además, es que tiene una habilidad inusitada para combinar las disciplinas económica, política y social y formular un diagnóstico generalista que él incluso reivindica valientemente en tiempos de los “corralitos académicos” en los que estamos instalados. Por ello en sus escritos dialogan de manera magistral las diversas disciplinas para dar lugar a una reflexión crítica, y con ello, Alain Touraine nos enseña una vez más que rigor científico y compromiso no están reñidos.

Y precisamente de esta necesidad parte el libro; de un análisis político y social de lo que supuestamente ha aparecido bajo la forma de crisis económica. Con ello trata de salir de esa “visión estrecha” guiada por un “superficial criterio cuantitativo, estadístico y económico” (Touraine, 2011: 23) que pone en evidencia los peligros de una aparente neutralidad

axiológica de la economía al tiempo que descubre la función ideológica de esta mentalidad: la tendencia hacia la separación entre el sistema económico y los actores sociales acaba por transformar a estos actores sociales en “parados, excluidos o ahorradores arruinados, incapaces todos ellos de reaccionar políticamente” (*ibid.*). Para el autor de la “sociología de la acción”, cuando la dimensión económica —el tener— se independiza de la política —el hacer—, se crea un modelo antropológico que encaja con una lógica sistémica en la que se da como rasgo característico “la dominación de la economía sobre la sociedad”, esto es, la separación entre sistema y actores. La dominación de la política por la economía en todos los niveles, es decir, los límites de la política frente a los imperativos sistémicos de la economía (Vallespín, 2011). El modelo perpetúa de esta forma los intereses objetivos del sistema. El resultado es lo que el autor denomina bajo la rúbrica de “situación post-social” (Touraine, 2011: 17), que puede conllevar el riesgo real de desaparición de los actores. ¿Por qué? Por la impotencia cada vez más manifiesta ante aquellos “que solo piensan en incrementar sus beneficios” (2011: 18). Difuminación y desaparición de actores, pues, al mismo tiempo que se produce una confusión conceptual y determinación de los valores en juego. Así lo explica su colega Todorov cuando relata el hecho de que el mismo concepto de libertad haya pasado a formar parte de la marca comercial de partidos de extrema derecha, que son además populistas y xenófobos, como el Partido de la Libertad en Holanda, o el Partido Austriaco de la Libertad (Todorov, 2012).

Este análisis explica en gran medida la reivindicación que hace Touraine de no abordar la crisis desde una perspectiva estrictamente económica pues, como señala desde las primeras páginas, esta crisis tiene “un carácter global”, y es posible que vaya mucho más allá de los hechos económicos más visibles o evidentes, esto es, que afectan a la sociedad como un todo. Es probable que el autor acierte al señalar que a esa doble crisis económica y política subyace otra más profunda de valores que provoca esa espiral desintegradora. Y sin embargo, el sociólogo afirma con rotundidad que ahondar en el tema de la crisis moral es una cuestión harto difícil que solo podrá combatirse con democracia frente a la tecnocracia. De ahí que reivindique el rol y la responsabilidad no solo de los actores políticos en sentido estricto, sino el de los análisis más generalistas de intelectuales cuando todo se pone en manos de “expertos” (Touraine, 2011: 59).

Y es que, afirma el autor, solo “después de dos años de crisis general y de intervenciones estatales en la economía, sabemos que es imposible hablar de un sistema económico en términos meramente económicos” (2011: 23). Esa intervención del Estado de forma recurrente desde que empezó la misma ha sido lo suficientemente elocuente como para demostrar que el sistema económico no puede controlarlo todo. Además, junto con Touraine, muchos analistas coinciden en que uno de los grandes errores de esta crisis ha sido la de centrar el debate desde la perspectiva financiera, esto es, en el problema de la deuda pública, en lugar de hablar y cuestionar el modelo que la ocasionó (Krugman, 2009). A nadie se le escapa que cuando la montaña rusa especulativa cae (hace ahora ya cinco años), los problemas puestos en boga tenían que ver con la transición energética y el cambio hacia una nueva racionalidad económica que mantuviese otra relación con el medio. El

debate y transformación sobre el modelo estructural quedaron, sin embargo, reducidos al señalamiento de la deuda pública, sin cuestionar, por el contrario, un sistema neoliberal que ya parecía agotado. Y si el diagnóstico es erróneo, de seguro erraremos en la manera de curar al paciente. De ahí la construcción de aquel dilema impropio entre crecimiento y austeridad; esas exigencias de políticas de austeridad, el concepto totémico de “recorte” (en gasto público, salarios, etc.), y otras reformas que terminan por nombrarse eufemísticamente como estructurales cuando en realidad están suponiendo una merma progresiva en los derechos de la gente (Krugman, 2012).

La paradoja de esta situación, afirma el sociólogo francés, es que al mismo tiempo que se ha puesto en evidencia la superioridad del Estado sobre la del sistema económico (especialmente a partir de las inyecciones de fondos públicos hechas a las principales entidades bancarias para evitar la catástrofe), vivimos en un momento de debilidad política sin parangón. Momento extraño, pues, de superioridad del Estado al tiempo que se afirma una debilidad política indiscutible. No hay una política europea cuando la Unión Europea reduce progresivamente su papel como actor político. Esta paradoja exige una vez más recurrir no solo a la economía política, sino al análisis político y sociológico e inclusive, añade el autor, a la historia de las ideas. Requiere pues, definir la situación en términos políticos y sociológicos, tanto como económicos, porque uno de los principales problemas existentes es el de la falta de definición de los desafíos reales que tenemos por delante, la indeterminación en la identificación de actores dominantes y dominados, la capacidad de acción colectiva de los mismos y, muy especialmente, las verdaderas posibilidades de intervención institucional.

Sin lugar a dudas, uno de los elementos más interesantes de este diagnóstico es el que se centra en definir el capitalismo financiero que entra en crisis a partir de lo que el autor considera “la sociedad masculina”. Touraine habla de un sistema que “acumula y no produce nada salvo burbujas” (2011: 30). Este sistema es antepuesto con el ejemplo de la creatividad de Microsoft y Apple, donde apenas sin dinero se construye “un universo de vida, de intercambios y debates que se han llevado a todos los ámbitos de la expresión humana”. Un modelo que, sin embargo, la lógica sistémica capitalista acaba engullendo cuando sus resultados pasan a “manos de financieros indiferentes a las nociones de creación y de intervención”. Por eso, el horizonte nuevo debe fundarse en el “conocimiento y en la conciencia de uno mismo. En una creatividad puesta lejos de la economía sin utilidad y sin realidad” (2011: 29), como ha sido hasta ahora.

Si en el libro la articulación del diagnóstico es brillante, si la forma que él propone de abordarla es convincente y fundamentada, no es tan extraordinariamente claro el horizonte al que apunta. “Catástrofe o refundación” son términos demasiado vagos como para entender hacia dónde nos dirigimos. Como suele ocurrir en estos casos, la terminología aplicada goza de la llamada ventaja de la inocuidad, y no dejan de ser una suerte de “conceptos refugio” que tampoco acaban de organizar lo que nos pasa. Hay además una diferencia significativa en el tono político de este libro, en relación con los anteriores. Muchos de sus escritos reflejaban un fondo de optimismo y celebraban la capacidad transformadora y emancipadora de algunos de los actores sociales. A pesar de sus referencias al movimiento

feminista y ecologista, la sensación es que estos aparecen como algo que ya forma parte del pasado. Como si hubiese un agotamiento en su radicalismo y creatividad.

Cayendo en el tópico recurrente, es cierto que la palabra “crisis” apunta a oportunidad. Y también sucede en este libro. Pero si, como parece que puede llegar a ocurrir, finalmente más de un país europeo necesita la vía del rescate, es muy probable que esa refundación de Europa nazca de la audacia de la necesidad, antes que de la propia imaginación. Sería una verdadera lástima que finalmente las oportunidades se fuesen abriendo estrictamente por necesidad. Pero también es cierto que el mundo contemporáneo resulta poco inspirador para visualizar siquiera un referente en el que apoyarse, aunque este forme parte del pasado. Nos queda la duda de si ese tono hubiera cambiado después de los acontecimientos de la llamada primavera árabe, o del propio movimiento 15 M. Posiblemente no. En cualquier caso, con toda seguridad, el libro permanecerá como una contribución espléndida para entender lo que se aprecia como el fin de ciclo del mundo contemporáneo.

Referencias

- Krugman, P. 2009. *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual*. Barcelona: Crítica.
- 2012. *¡Acabad ya con esta crisis!* Barcelona: Crítica.
- Todorov, T. 2012. *Los enemigos íntimos de la democracia*. Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.
- Vallespín, F. 2011. “La fatiga democrática”, *Claves de razón práctica* nº 215.